

del pueblo, y llegaron con su insolencia y amenazas hasta el palacio patriarcal. Entonces Teófilo se declaró contra los libros de Orígenes, y prometió condenarlos: despidió cortesmente á los solitarios, y en seguida tuvo un Concilio en el que se acordó que todo el que aprobase las obras de Orígenes sería espulsado de la Iglesia.

Eran los monges de Esceta los que principalmente se habían levantado contra el patriarca. Entre los de Nitria, por el contrario, había muchos bastante sospechosos de origenismo, y parece que eran menos adictos á los errores de Orígenes que á sus libros, pues suponían que éstos habían sido alterados por manos extrañas, y de modo que se podía separar fácilmente el veneno sin reprobar por esto las lecciones de virtud que daban en abundancia. La Iglesia por otra parte aun no había decidido, ó sus decisiones no eran bastante auténticas para privar de toda disculpa á los contradictores. Empero Teófilo no tuvo mas condescendencia; y semejante á todos los celadores cuyas miras no son enteramente puras, había obrado al principio con demasiada lentitud y despues procedió con excesivo calor y precipitación.

A mas de la aversión que profesaba á los monges en general, estaba particularmente descontento con el santo sacerdote Isidoro, que gobernaba el hospital de Alejandría, y había sido antes solitario de Nitria, de donde San Atanasio le había hecho pasar á su clero. Una señora viuda había puesto en manos de este venerable sacerdote una suma considerable de dinero, despues de haberle obligado con juramento á comprar con ese dinero vestidos para las mugeres mas pobres de la ciudad, sin dar parte de ello al patriarca, temiendo que este emplease dicha cantidad en edificios, que le gustaban mucho. Recibió Isidoro el dinero, y lo empleó conforme á la voluntad de la

señora. Tenía el patriarca espías que le dieron al punto aviso; y aunque lo sintió entrañablemente, supo disimularlo. Pasados dos meses congregó su clero, y presentó una memoria que decía haber recibido diez y ocho años antes contra Isidoro. Esta acusación inoportuna hizo concebir muchas sospechas, y así fueron necesarios otros ardidés que no surtieron mas efecto que descubrir mas claramente su malignidad y perfidia. Sobornó Teófilo á un jóven para que acusase á Isidoro. El acusador llevó el dinero recibido á su madre, la que temerosa de que Isidoro reclamase en justicia, se presentó al gobernador y le entregó las monedas que declaró haber recibido de manos de la hermana del patriarca. Esto no estorbó á Teófilo el que arrojase de la Iglesia á Isidoro, pero ocultamente y con pretesto de un crimen infame que el decoro no permitía nombrar. San Isidoro tuvo que temer hasta por su vida, y corrió á ocultarse al monte de Nitria, en donde había pasado su juventud (1).

Fué para los monges un crimen irremisible el haberle dado asilo. El iracundo patriarca ordenó echar del monte y del fondo del desierto á los solitarios mas célebres que pasaban por maestros de los otros, y se dirigieron á Alejandría á indagar la causa de su condenación. Había entre ellos cuatro de mucha fama, llamados comunmente los *Grandes hermanos*, porque eran en efecto de una talla extraordinaria y de una misma familia. Tenían por nombres Dióscoro, Ammonio, Eusebio y Eutimio. Dióscoro había sido hecho obispo de Hermópolis. Luego que estuvieron en presencia de Teófilo, dirigiendo este injuriosamente la palabra contra Ammonio, que era un viejo venerable, y lanzando sobre él furiosas miradas seguidas del mas

(1) Sozom. lib. 7, c. 12.

escandaloso enojo, le arrojó su pálio á la cabeza, le abofeteó hasta hacerle echar sangre por las narices, y se puso á gritar como un insensato: «malvado, herege, hipócrita, anatematiza á Orígenes.»

No tuvieron los grandes hermanos otro partido mas que retirarse, y volvieron pacíficamente á sus soledades, en donde continuaron sus ejercicios acostumbrados, confiados en el testimonio de su conciencia. En efecto, no hay prueba de que sostuviesen los errores de Orígenes; al contrario, se encuentran indicios muy fuertes á favor de la pureza de su fé. No dejó el patriarca de congregar un Concilio de los obispos vecinos; y sin mandar que compareciesen los solitarios, ni darles modo alguno de defensa, excomulgó á tres de los principales, entre los cuales se nombra á Ammonio y Dióscoro, aunque no se atrevió á fulminar sentencia contra la multitud. Despues hizo venir del mismo desierto á cinco monjes extranjeros, llenos de aquel espíritu de emulación que degenera fácilmente en envidia entre los de diferente nacion: ordenó de obispo á uno de ellos, á otro de sacerdote, y á los tres restantes de diáconos, y les mandó presentar memoriales contra los otros tres solitarios excomulgados; memoriales que estos falsos hermanos no tuvieron mas trabajo que firmarlos, porque el mismo Teófilo los había dictado y mandado escribir. Habiendo recibido estos memoriales en la iglesia con un aparato afectado, pasó á ver al prefecto de Egipto, y le presentó una nueva súplica en su nombre acompañando la de los monjes acusadores, y pidiendo que los monjes fuesen espelidos de todo el Egipto. Obtuvo una orden con soldados; y semejante mas bien á un gefe de una expedición militar que á un obispo, corrió de noche á sorprender los monasterios.

Dióscoro, obispo de la montaña, fué el B. del C., tomo XVI. —III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.

primero á quien arrojaron, despues de haberle sacado violentamente de su silla una patrulla de etiopes. Saquearon luego las celdas, abandonando los pocos muebles de los pobres de Jesucristo á una multitud de criados y al populacho. Buscaron por largo tiempo á los otros tres hermanos, Eutimio, Eusebio y Ammonio; pero se habían ocultado en un pozo, poniendo sobre él una estera, y así no pudieron descubrirlos. Lleno de despecho y de furor mandó Teófilo quemar sus celdillas particulares, y con ellas ardieron al mismo tiempo las divinas Escrituras, los santos misterios, y un jóven que no tuvo tiempo para huir. Luego que se retiraron los perseguidores, huyeron los tres grandes hermanos á Jerusalem seguidos de los sacerdotes y de los diáconos de la montaña y de unos trescientos monges, dispersándose los restantes por diversos lugares. No calmó el resentimiento del patriarca este destierro voluntario; antes bien persiguió á los fugitivos en la Palestina con cartas que no respiraban sino venganza. La compasión de los obispos de aquella provincia para con los desgraciados, fué á sus ojos un delito que no les perdonó sino con la condicion de que en adelante no les darian asilo, ni aun en las iglesias. Así, pues, los solitarios se vieron precisados á huir de retiro en retiro, y por último á llegar á Constantinopla á pedir justicia.

Gozaba allí San Juan Crisóstomo de la mas completa veneración que se puede esperar del conjunto de brillantes talentos y de las virtudes mas sólidas. Todos se veían precisados á admirarle, pero solo el pueblo y la parte mas sana del clero le amaba; porque gran número de eclesiásticos y de grandes le miraban como á un censor importuno, y para ocultar sus vicios procuraban de varios modos hacerle odioso. Despues de las desgracias de Rufino y

Eutropio, se había hecho poderoso Gainas, que era arriano como la mayor parte de los godos y se empeñó en dar á los hereges de su comunión una iglesia en la ciudad imperial, y al efecto se la pidió al emperador. Este príncipe débil, aunque bien intencionado, antes de conceder absolutamente lo que se le pedía, respondió que quería hablar á Crisóstomo, obispo de la ciudad y ministro de las cosas santas: mandóle llamar, y le hizo presente el poder y soberbia de Gainas, con todo lo que se podía temer de este suplicante ofendido que aspiraba tal vez al imperio (1).

Contestó el magnánimo prelado que el terror no era motivo para entregar las cosas santas á los inmundos, y que por lo que á él pertenecía, jamás echaría á los verdaderos fieles de los templos en donde celebraban las alabanzas del Hijo de Dios, para introducir á los impíos que negaban su divinidad y blasfemaban de su santo nombre; y mostrando entonces todo el valor de un emperador, mientras que Arcadio se abandonaba al miedo que seria menos extraño en un sacerdote, le dijo en un tono de seguridad muy persuasivo: «no temais, Señor, á ese bárbaro; yo quiero ponerle en razon: haced que nos veamos juntos y yo le haré reconocer la injusticia de su petición.» El emperador aprovechó gustoso esta ocasion, y les hizo comparecer al dia siguiente en su presencia. El soberbio arriano principió intimando al emperador le cumpliese la promesa que suponía haberle hecho. Mas tomó la palabra el santo Patriarca, acompañado de todos los prelados que se hallaban en Constantinopla, y dijo que un emperador cristiano era protector de la Religion y no su opresor: que no había ofrecido ni podía ofrecer una cosa que no estaba en su mano, por mas absoluto que

(1) Theodor. lib. 3. hist., cap. 32.

fuese su poder con respecto á los negocios de este mundo: que por otra parte era injusto hacer que sirviesen á la division de los fieles las iglesias instituidas para reunirlos: que todas las de Constantinopla estaban abiertas á todo cristiano, y que él podía ir á hacer allí sus oraciones. «Pero aunque no sea mas que por los importantes servicios que he hecho al imperio, respondió Gainas, merezco tener un lugar particular de oracion.» — «Y cuáles son los servicios, dijo el Patriarca, que exigen por recompensa la profanacion de los templos y el desprecio de las leyes? Prohiben estas las juntas de los hereges en las ciudades, ó hicisteis juramento de guardar estas leyes santas y sábias. Pero ¿habeis esperado hasta ahora para recibir la recompensa de vuestros servicios? Y trayéndole á la memoria la posicion de que se le había sacado, porque había sido simple soldado, «considerad, prosiguió, lo que érais en otro tiempo, y lo que sois al presente; cuál era el estado de vuestra fortuna, ó mas bien de vuestra miseria hasta en vuestros vestidos antes de pasar el Danubio; y decidnos, si el titulo de duque, si la cualidad de cónsul es inferior á vuestra ambicion.» Despues volviéndose al emperador, le pintó todas las consecuencias de su demasiada condescendencia con los hereges, añadiéndole que en la seguridad de la Religion se cifraba la del imperio; mas que si por un imposible se pudiesen separar estos dos grandes intereses, seria mejor entregar las provincias que la casa de Dios, y perder la corona del universo antes que la Religion (1).

No pudo Gainas resistir á la energia y viva elocuencia de Crisóstomo, ó mas bien al espíritu de Dios que hablaba en él, y hasta llevó esta repulsa con bastante moderacion. Rebelóse abiertamente algun tiempo

(1) Sozom. lib. 8, c. 4.

después; pero los buenos observaron llenos de consuelo que el despecho de esta afrenta no influyó en su rebelion, y aun pareció redoblar despues su respeto al santo Patriarca. Cuando el godo rebelde asolaba la Tracia y nadie se atrevía á hacer frente á los esfuerzos de la rebelion, ni á interponer su mediacion para detenerla, se encargó de la diputacion el generoso pastor. Sabido esto por Gainas, salió á recibir al Santo con sus hijos, y le dió todas las señales posibles de respeto y benevolencia. Insistió no obstante en su rebelion, pero fué derrotado por un general de los hunnos, amigo de los romanos, quien remitió su cabeza á Constantinopla (1).

Durante esta guerra, es decir, en el curso del año 400, delataron al tribunal del Patriarca al metropolitano de Éfeso, llamado Antonino, sobre diferentes delitos, y en particular por haber tenido hijos de su muger despues que era obispo, y por hacer un tráfico no interrumpido de las cosas santas vendiendo las ordenaciones ebiscopales en proporcion á la renta de los obispados. Acusóle Eusebio de Cilbiana, uno de los sufragáneos de Éfeso, en un Concilio formado de los obispos asiáticos que residian en la corte, y de tres metropolitanos, de los cuales era el mas famoso el de Escitia: de modo que eran entre todos veintidos obispos. Llamábase Teótimo este arzobispo de los escitas ó de Torní, y había sucedido á San Betranion tanto en sus virtudes como en su silla. Criado en la vida monástica, y no contentó con seguir llevando el hábito y los cabellos largos, había conservado cuidadosamente la austeridad, el espíritu de modestia y penitencia; en una palabra, todas las virtudes que le captaron la veneracion aun de los mas feroces de entre los bárbaros y

(1) Theodor. hist. lib. 3, cap. 33.

que el cielo honró muchas veces con milagros (1).

El obispo de Cilbiana presentó su libelo ante esta respetable asamblea. El prudente Patriarca hubiera querido sepultar en las tinieblas un negocio cuyo éxito, por ventajoso que fuese, no podía compensar el escándalo inevitable. Valióse de Pablo de Heraclea, amigo de Antonino y apreciado de Eusebio, y le envió para reconciliarlos entre sí; pero estaba sobradamente furioso Eusebio para darle oídos. Al pie del altar, en el momento en que se iba á ofrecer el santo sacrificio, entregó otro ejemplar de las mismas acusaciones en presencia de todo el pueblo y del clero, quejándose con arrogancia de que no querían hacerle justicia. Al oír estas palabras injuriosas, no pudo menos de conmoverse el Patriarca, á pesar de su moderacion, con algunas señales que, aunque leves, bastaron á la delicadeza de su conciencia para no ofrecer los divinos misterios, no obstante que era domingo, y pidió á otro obispo que los celebrase por él. Retirado ya el pueblo, mandó llamar á Eusebio, y delante de los prelados le dijo: «ruégoos que os mireis bien en ello: muchas veces el primer impetu de cólera nos obliga á proferir acusaciones difíciles de probar. Si os halláis en estado de sostener vuestra acusacion, no lo rehusamos; pero si veis inconvenientes, no os obligamos á insistir en ella. Tomad la resolucion conveniente antes de la lectura del libelo; pues leído públicamente y dado principio á la causa, no os será permitido, siéndo obispo, desistir.» Nada de esto intimidó á Eusebio y se leyó el libelo.

Dióse principio por el exámen del último punto de la acusacion, como el mas pernicioso en sus consecuencias. Interrogaron al obispo Antonino y á los que le acu-

(1) Sozom. lib. 7, c. 26.

saban de haber dado órdenes por dinero; pero estando ausentes los testigos citados, no se pudo lograr la convicción y el negocio comenzó á retardarse. Mas divulgado el hecho, Crisóstomo mostró tanto ardor para cerrar el proceso á fin de evitar el escándalo, cuanta repugnancia habia mostrado para emprenderle. Así para obrar mas eficaz y prontamente, acordó pasar al mismo sitio en donde habian sucedido los hechos. Pero Antonino, que temia y con razon las pruebas, entabló el negocio tan bien en la corte, que hizo mirar la ausencia del Patriarca como poco conveniente en un tiempo en que la rebelion de Gainas tenia á todos en alarma. El diestro simoniaco llegó á ganar con dinero á su acusador, cuyo celo era muy amargo para que fuese puro, y consiguió de él una promesa con juramento de desistir de la acusacion.

En vano, pues, nombró San Crisóstomo tres obispos comisionados para ir en su lugar á oír á los testigos y formar el proceso en la misma diócesis de Éfeso. Uno de ellos, Hesiquio de Parium, amigo de Antonino, supuso estar enfermo; y á los otros dos los fatigaron de intento con afectadas lentitudes. Eusebio mismo, que despues de su pérfido compromiso no habia querido comparecer, se fingió tambien enfermo. Por último, fuéronse dando tantas largas á este asunto, que Antonino murió antes que se hubiese probado cosa alguna.

Entonces el clero de Éfeso y los obispos vecinos escribieron á San Crisóstomo, suplicándole con las mas vivas instancias que corriese al socorro de aquella iglesia, no menos alligida por los malos católicos que por los arrianos; y sobre todo que se anticipase á las maniobras de los que procuraban ocupar la silla por dinero. Nada hizo tanta impresion en el Santo como este motivo; y así, olvidándose del mal estado de su salud y del rigor del invierno, partió sin dilacion, de-

jando su propia iglesia al cuidado de Severiano de Gábalas, dotado de alguna elocuencia, que habia ido á lucir en la capital; pues, por lo demás, tanto menos digno era de la confianza del santo Patriarca, cuanto mas ardides habia empleado para conseguirla. Crisóstomo llevó consigo tres obispos, y cuando llegaron á Éfeso, los de Lidia, Acaya y Frigia con los de Asia propiamente tal se reunieron en número de setenta ansiosos todos en extremo de ver, y aun mas de oír, al gran Crisóstomo. Concurrió con los demas Eusebio, el cobarde acusador de Antonino: habia recibido su salario, y muerto ya el que se lo habia entregado no temia ser convencido de perjurio. Principió su acusacion, que fué probada por buenos testigos y confirmada por la misma confesion de los culpables: seis obispos ordenados por Antonino á precio de dinero, fueron depuestos, infamada la memoria del difunto y condenados sus herederos á restituir el precio de las ordenaciones simoniacas; por último, se reemplazó á los culpables con sugetos dignos, y se tuvo un cuidado particular, dice un autor de aquel tiempo (1), de asegurarse que habian guardado siempre la continencia.

Durante su permanencia en aquella provincia se informó el Patriarca de las necesidades de las demas iglesias del Asia. Tenia la de Nicomedia por obispo un aventurero llamado Geroncio, diácono de Milan en tiempo de San Ambrosio. Habíase gloriado de haber cogido en aquel tiempo por la noche un onocélido (2), es decir, un espectro monstruoso, que no tenia mas existencia que la que le dió la imaginacion de los griegos. Sea que esta fábula fuese una mentira estudiada, sea que fuese una pura ilusion, San Ambrosio la halló indigna de un

(1) Pall. *Dial.* pág. 133.

(2) Sozom. *lib.* 8 *hist. cap.* 6.

ministro de los altares, y quiso que Geroncio se retractase de ella formalmente por medio de la penitencia. El diácono indócil abandonó á San Ambrosio; pasó á Constantinopla bajo el patriarcado de Nectario, y halló protectores que le proporcionaron el obispado de Nicomedia. Su arzobispo se quejó, y el Patriarca quiso obrar con justicia; mas el charlatan se habia grangeado el amor de su nuevo pueblo con todo género de ardides. Vendaba sus llagas, curaba ó parecia curar sus enfermedades, y era en extremo popular. Nunca logró Nectario despojarle de su dignidad por mas que lo deseaba. Estaba reservado este rasgo de autoridad para su sucesor, que puso en esta silla á Pansofio, hombre de gran suavidad de costumbres, de una piedad ejemplar, y que habia sido maestro de la emperatriz. Con tan buenas cualidades no pudo procurarse el afecto de aquel pueblo preocupado, y esta mudanza de obispo le suscitó al mismo Patriarca una nueva multitud de enemigos.

Hacia tres meses que habia partido para el Asia, y ya era tiempo que volviese á su iglesia, que estaba alborotada con las intrigas de Severiano, á quien la habia confiado, contra el santo Patriarca. Hallábanse las cosas ya en tal estado que el Santo á su regreso juzgó no ser ya tiempo de usar de indulgencia, y que era necesario arrojar de Constantinopla y á todo trance á este ingrato y pérfido enredador. Mas Severiano habia logrado con sus lisonjas insinuarse hasta en el ánimo de la emperatriz, y esta le hizo volver de Calcedonia á donde ya se habia retirado, y no se mostró satisfecha hasta restituirle de nuevo á la amistad con el Patriarca, el cual á un conocimiento profundo del corazon humano y de las costumbres, reunia aquel candor y simplicidad natural que tantas veces es víctima de la intriga y baja politica.

En tanto que penetrado únicamente de la grandeza de Dios y de las cosas eternas no miraba ni á los intereses ni á las maquinaciones del siglo, se formaba por todas partes contra él una tempestad terrible. Todos los que eran enemigos de la disciplina, de las buenas costumbres y de la fé, lo fueron tambien del Santo. Habia en la ciudad crecido número de arrianos, los cuales no podian celebrar sus reuniones sino fuera de la ciudad; mas para asistir á ellas se congregaban en lo interior, salian en procesion y como en triunfo todos unidos, y cantaban á dos coros cánticos llenos de sus impiedades. Llegaron hasta el extremo de insertar en ellos alusiones ofensivas á la doctrina católica. El pueblo ortodoxo formó por su parte cánticos satíricos; de modo que estos dos partidos igualmente ufanos, uno por el favor presente y otro por el crédito pasado, principiaron pronto á prurumpir en ofensas. De los cánticos y de las palabras pasaron á los golpes, y hubo de una y otra parte efusion de sangre, y aun quedó herido de una pedrada un eunuco de la emperatriz. Este incidente fué causa de que se renovase la prohibicion hecha á los arrianos en el pontificado anterior de cantar letanías en la ciudad, es decir, oraciones comunes de dia ó de noche. Esta nueva humillacion de los sectarios, atribuida al santo patriarca, le suscitó todavia nuevos adversarios.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando los grandes hermanos y su comitiva llegaron á Constantinopla. Presentáronse al piadoso y lierno Crisóstomo, que viendo á sus pies cincuenta viejos, en cuyo exterior se veian grabadas la mortificacion y todas las señales de la santidad, se conmovió hasta llorar, y les preguntó qué era lo que les obligaba á huir. Refiriéronle lo acaecido en Nitria, y suplicáronle que los dispensase de la triste necesidad de quejarse al tribunal